



# Revista Iberoamericana de Argumentación

ἐπεὶ δὲ ταύτην τὴν ἐπιστήμην ζητοῦμεν

*Director*  
Luis Vega

*Secretaria*  
Paula Olmos

*Edición Digital*  
Roberto Feltrero

## Imagen, terrorismo y argumentación

LUIS VERES

*Departamento Teoría de los Lenguajes*  
*Universidad de Valencia*

*Facultad de Filología, Avenida Blasco Ibáñez 32, 46010 Valencia*  
*Dirección de correo electrónico: Luis.Veres@uv.es*

### RESUMEN

Este trabajo trata de explicar el terrorismo como realidad significativa, así como la relación del terrorismo con los medios de comunicación a partir de su carácter persuasivo y argumentativo. Para ello se realiza una exposición histórica del terrorismo.

### PALABRAS CLAVE

argumentación, contextos, comunicación, medios, manipulación, persuasión, propaganda, terrorismo, terroristas.

### ABSTRACT

This paper attempts to explain terrorism as a significant fact, and the relationship between terrorism and the media from the point of view of its persuasive and argumentative character. To that end, a historical exhibition of terrorism is offered.

### KEYWORDS:

argument, context, communication, media manipulation, persuasion, propaganda, terrorism, terrorists.



Copyright©Luis Veres

Se permite el uso, copia y distribución de este artículo si se hace de manera literal y completa (incluidas las referencias a la Revista Iberoamericana de Argumentación), sin fines comerciales y se respeta al autor adjuntando esta nota. El texto completo de esta licencia está disponible en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/es/legalcode.es>

RIA 4 (2012): 1-14  
ISSN: 2172-8801

Revista Digital de Acceso Abierto <http://e-spacio.uned.es/ojs/index.php/RIA>

Editada por el [Departamento de Lógica, Historia y Filosofía de la Ciencia](#)



La vinculación del terrorismo con distintos procesos de comunicación ha sido uno de los aspectos relevantes en el estudio de este fenómeno de la violencia hasta tal punto que se puede hablar de una relación simbiótica entre medios de comunicación y terrorismo (Veres, 2004a). Independientemente de estos vínculos de interés entre ambas instancias, el terrorismo tiene un componente comunicativo importante. Los atentados son noticia y son significación y ello implica la existencia de marcos de referencia a partir de los cuales intencionadamente se emiten y se perciben los mensajes que el atentado terrorista conlleva.

La historia es antigua. Desde Pisacane, el héroe del Risorgimento, y su *propaganda con los hechos*, a toda la historia del terrorismo anarquista, la simbiosis entre el terrorismo y los medios se ha mantenido como una circunstancia permanente. Los terroristas exigen necesariamente esta propaganda para que sus fines se vean cumplidos al completo. Ésa es la diferencia entre cualquier tipo de delincuencia y el terrorismo contemporáneo: el requerimiento de un hecho comunicativo y la repercusión de sus consecuencias. Ningún ladrón llama después de atracar una joyería al dueño del comercio para decirle que él ha sido el autor del delito, pero en el hecho terrorista siempre existe esa exaltación de la autoría del crimen por parte del propio terrorista. Delito y comunicación van unidos. El terrorismo exige el reconocimiento de su autoría. Sánchez Ferlosio apuntaba que las muertes provocadas por los terroristas son «muertes firmadas», ya que el terrorista ha exigido desde el principio que esa muerte lleve su nombre (1982: 9). El problema reside en que los hechos no violentos, al no constituir riesgo o constituir un riesgo menor, son despreciados muchas veces por los medios. En España todavía se puede recordar el ejemplo de que las huelgas pacíficas de estudiantes suelen ser ignoradas, pero cuando, allá por 1987, un punk con muletas se puso a romper farolas, los medios retransmitieron inmediatamente el conflicto. Lo mismo sucede con las huelgas de la siderurgia, las más violentas y las que mayor cobertura por parte de los medios suelen recibir. Y lo mismo se da en las huelgas estudiantiles: sin adoquines lanzados contra la policía no existiría el retrato icónico e historiográfico del Mayo del 68 ni de Erik el Rojo. Esas imágenes representan nuestra memoria fosilizada en nuestra retina y forman parte de una especie de archivo que reconstruye la historia del fenómeno violento.

De ahí que se pueda deducir la necesidad de recurrir a la violencia para garantizar la visibilidad de todo conflicto social (Gil Calvo, 2003: 246). Por ello, los terroristas son conscientes de que, con la violencia, las posibilidades de adquirir

alguna resonancia son mucho mayores. Al Qaeda consiguió el mayor seguimiento mediático de la historia moderna mediante el derribo del World Trade Center, no con buenas palabras y negociaciones en mesas de paz. Los grupos terroristas tienen miembros formados en universidades europeas y norteamericanas, con conocimientos de marketing y publicidad, y son conscientes por ello de la significación de sus acciones. Pocos atentados casuales hay, y eso se ha demostrado a lo largo de la historia del terrorismo. Las Brigadas Rojas no secuestraron y asesinaron al político democristiano Aldo Moro por casualidad en los años 70, sino que su crimen respondía a una estrategia simbólica, pues Aldo Moro, a ojos de los terroristas, había sido el supremo controlador del poder en Italia. Su asesinato no tenía otra función que la de hacer reaccionar a la izquierda italiana respecto a la situación política de su país. Por tanto, su asesinato fue muy selectivo y respondía a un intento de radicalización del Estado para impedir toda negociación. Las imágenes de su cadáver plegado en el maletero de un coche, aparcado todavía, son memorables en los anales de la historia del terrorismo.

Del mismo modo, el grupo terrorista más sangriento de la historia de Europa, ETA, siempre ha elegido concienzudamente sus asesinatos más renombrados: desde Melitón Manzanos o Carrero Blanco hasta Miguel Ángel Blanco o Ernest Lluch. Todos fueron seleccionados buscando la repercusión de los medios y el impacto en la opinión pública, de acuerdo con su significación política. De la misma manera han actuado Al-Qaeda y otros grupos, aunque se trate de atentados indiscriminados como los del 11 de Septiembre en Nueva York y Washington o los del 11 de Marzo en Madrid. Es curioso que los propios terroristas son conscientes del impacto mediático que deben tener sus crímenes hasta límites casi semióticos.

en algunas teorizaciones etarras [...] ETA se pregunta una y otra vez por el significado de sus acciones amadas, discute incluso si la unidad semántica mínima de la lucha armada es la palabra (cada una de las acciones) o la frase (una campaña coordinada de acciones con unidad de intención) especula sobre el papel del entorno y el contexto en la decodificación de sus actos por el pueblo, y patentiza [...] la angustia provocada por la inevitable equivocidad y profunda monstruosidad de todo significante sangriento. (Aranzadi, 1985: 230).

La mayoría de los atentados están concebidos a partir de su conversión en noticia. Dicha conversión radica en sus vinculaciones políticas. Como señalaba Roland Barthes, al hablar del asesinato, «si es político, es una información, si no lo es, es un suceso» (1964: 188). Y este detalle cierto, porque el asesinato político necesita un campo de definición y de reflexión mucho más amplio que el del simple crimen. El marco de definición de los hechos se amplía notablemente, así como las

consecuencias de la noticia. Una nueva esfera de significación, por tanto, aúna nuevos sentidos al significado primario del crimen en sí, esfera formada por el contexto social e histórico, por la situación del conflicto y sus protagonistas, por sus antecedentes y sus consecuencias, también por sus riesgos. La mayoría de los atentados, secuestros y asesinatos de grupos terroristas parten de la creación de significación, de cierto efecto eco y en una resemantización del sentido. Y esa significación se fundamenta en el riesgo, en la idea de inseguridad, de miedo y de «mañana te puede ocurrir a ti» (Alonso-Fernández, 2002: 32). Delumeau (2002) señala que la angustia es el temor a lo desconocido y el miedo es el odio a un objeto concreto que se identifica con el mal social. Este miedo se ha incentivado con el desarrollo de la civilización, desarrollo del que no son ajenos los *mass media*: paradójicamente, conforme han aumentado y fortalecido las técnicas de controlar la realidad, mayor ha sido el desconocimiento sobre las consecuencias de esas técnicas, lo que Ulrich Beck ha llamado «el desconocimiento de la futura tasa de riesgos», situación que suscita incertidumbre y, por tanto, miedo (2002). Para conseguir estos objetivos, el terrorismo desarrollará una sistemática sucesión de actos criminales que implican la destrucción de personas y bienes según una estrategia pensada con antelación.

Con esta estrategia no sólo se consigue la derrota física de la víctima, sino la creación de un clima de inseguridad y miedo que puede poner de relieve la ineficacia o impotencia del Estado para luchar con el grupo en cuestión (Setien, 1993: 10) y que puede facilitar o no la consecución de sus pretensiones: cesión de un territorio, liberación de presos, reivindicaciones nacionalistas o religiosas, etc. Frederick J. Hacker, prestigioso psiquiatra y especialista en terrorismo, señaló que lo que quieren los terroristas es impresionar: «Ellos actúan con y para el público y solicitan su participación» (Hacker, 1976: XI) Y cuando mayor sea posible ese público, mejor serán propagadas sus exigencias y mejor será conocido su problema. Ya en Jerusalén, durante la ocupación romana, los zelotes perpetraban actos públicos de violencia con la finalidad de que el crimen contra una víctima actuara como un argumento persuasivo con un mensaje encubierto hacia las autoridades de Roma (Rapoport, 1984: 668-672).

En época más reciente estas tesis se vieron confirmadas en 1947 con la proclamación del estado de Israel. Menagen Begin y su movimiento de insurrección, la Irgun, tenía el plan de hacer que Inglaterra se retirara de Israel. La Irgun atentó contra el hotel King David y asesinó a dos sargentos británicos como respuesta a la ejecución de tres terroristas del grupo. Para la opinión pública británica el problema israelí no era hasta entonces más que un conflicto lejano que formaba parte de la sobreinformación

cotidiana, pero las fotografías de los dos sargentos mostraban sus cuerpos ahorcados con las camisas ensangrentadas. Las fotografías aparecieron en todos los diarios británicos y la ejecución fue calificada de «barbaridad medieval». La conclusión a la que llegó la opinión pública británica tras la contemplación de las fotografías era que la presencia de su ejército en Palestina no tenía sentido y que el conflicto carecía de una solución. En septiembre de ese año Arthur Creech-Jones anunció la retirada de su gobierno de territorio palestino y el 15 de mayo de 1948, ocho meses después, se proclamaba oficialmente el Estado de Israel.

La sublevación de Irgun sirvió de modelo a otras luchas anticolonialistas y la estrategia de llamar la atención de los medios a través de la violencia fue seguida en otros territorios como Chipre o Argelia (Hoffman, 1990: 69-81). No es casual que el país por el que sienten mayor atracción los terroristas de los últimos cuarenta años sea el que posee un mayor desarrollo de los medios de comunicación. Durante el secuestro del avión de la TWA en 1985, los secuestradores comunicaron que no les interesaba ningún periodista que no fuera norteamericano ni que no trabajara para una cadena de televisión (Laqueur, 1987: 72).

Esta actitud, que dio un vuelco en el desarrollo y estrategias del terrorismo, se vio ayudada por los avances tecnológicos de la época que suponían un gran adelanto en la grabación y transmisión de imágenes, con lo cual las noticias y los acontecimientos podían ser difundidos con mayor rapidez a mucha más gente y en muchos más países. El terrorismo no tardó mucho en darse cuenta de que ésta era la mejor vía de escape para sus actuaciones. De ese modo, entre 1968 y 1970, los grupos palestinos fueron responsables de 331 incidentes, los movimientos anticastistas, de 171, y los grupos irlandés y turco, de 115 cada uno (Hoffman, 1990: 98). El desarrollo del terrorismo como salida a las reivindicaciones políticas, nacionales o religiosas de determinadas minorías exaltadas se intensificó notablemente.

No obstante, el acontecimiento que llevó finalmente al terrorismo internacional a fijar su atención en la atracción que podían suscitar en los medios de comunicación fue el atentado en los Juegos Olímpicos de Munich. Este suceso dio comienzo en la madrugada del 5 de septiembre de 1972. Poco antes de las cinco de la mañana ocho encapuchados pertenecientes a una facción de la OLP denominada Septiembre Negro (OSN) entraron en los dormitorios de los atletas olímpicos de la delegación de Israel. Fueron asesinados dos de ellos y se tomaron como rehenes otros nueve. La policía rodeó el lugar. Las exigencias de los terroristas consistían en la liberación de doscientos treinta y seis presos palestinos en cárceles israelíes y, además la liberación de cinco presos alemanes entre los que se encontraban los renombrados Andreas

Baader y Ulrike Meinhof, fundadores del grupo terrorista alemán Fracción del ejército Rojo. También exigían ser trasladados a cualquier país árabe, excepto a Jordania o Líbano. Después de una intensa negociación de quince horas, se acordó que los terroristas, junto a sus rehenes, serían trasladados en dos helicópteros a la base alemana de Fürstenfeldbruck. De allí un avión los conduciría a El Cairo, en donde se pretendía realizar el intercambio de presos y rehenes. Desde la capital egipcia, los terroristas podrían desplazarse adonde quisieran. A las 10.35 de la noche, al llegar a la base militar alemana, dos terroristas se aproximaron al avión elegido por la policía. Se produjo un tiroteo en el que fueron abatidos tres terroristas. Sus compañeros, en medio de la confusión, viéndose traicionados por la policía, comenzaron a matar rehenes. Después llegó el silencio y una larga espera. A la 1.30 de la madrugada, el resto de terroristas se rindió y fueron detenidos. Habían matado a todos los rehenes y a un policía alemán (Hoffman, 1990: 101-105).

Aparentemente, los terroristas habían fracasado, pero en Munich Septiembre Negro consiguió durante muchas horas llenar las parrillas televisivas con una audiencia muy superior al resto de noticias emitidas en ese espacio de tiempo: cuatro mil periodistas de prensa y radio y dos mil reporteros de televisión que se habían desplazado a Munich para cubrir el acontecimiento olímpico, no informaron sobre los juegos, sino sobre las operaciones de Septiembre Negro. Se calcula que la cuarta parte de la población mundial se enteró del acontecimiento. Según Abu Iyad, confidente de Arafat y cofundador de la organización *al-Fatah*, «los terroristas no consiguieron la liberación de sus camaradas encarcelados en Israel, tal como era su intención, pero sí que cumplieron los otros dos propósitos de la operación: obligaron a la opinión internacional a pensar sobre el drama palestino, e impusieron la presencia del pueblo de Palestina en un acontecimiento internacional que había pretendido su exclusión» (Hoffman, 1990: 105). A partir de Munich nadie ignoraba ya el problema palestino. El ejemplo de Munich había servido para dar alas a aquellos que buscaban publicidad fuera de su país. La tecnología y los medios han conseguido exportar por la aldea global los conflictos:

De no existir los medios de masas, muchos conflictos civiles se mantendrían limitados localmente y quizá podrían resolverse por medios políticos sin recurrir a la violencia. Pero desde el momento en que existe la posibilidad de utilizar la capacidad informativa de los medios, aparece también la oportunidad de mejorar las propias oportunidades de éxito despertando el interés del público externo. Sin embargo, la única forma de conseguirlo es provocando algún acontecimiento espectacular con interés informativo suficiente para merecer la atención de la opinión pública. Por lo tanto, en tales condiciones resulta difícil resistir la tentación, y más pronto o más tarde se acaba por recurrir a la violencia, convirtiendo el conflicto local en un sangriento espectáculo

audiovisual. (Gil Calvo, 2003: 247-248)

La repercusión publicitaria para el terrorismo fue rentable en España: el 29 de octubre de 1988, ETA liberó al industrial Emiliano Revilla después de 249 días de cautiverio y tras cobrar cerca de 1200 millones de pesetas como rescate. La información periodística originada a partir del secuestro de Revilla supuso para ETA una propaganda que si hubiese sido pagada hubiera costado más de 15000 millones de pesetas. Como ha señalado José María Calleja, «el terrorismo es como una gigantesca maquinaria publicitaria, ya que para los criminales un atentado es igual a un anuncio» (Gabriel, 2003: 124). Y lo mismo sucedió durante toda la jornada del 11 de marzo de 2004, cuando la totalidad de los medios de comunicación, de manera ininterrumpida inundaron la parrilla de la programación con las informaciones del atentado de Atocha. El terrorismo había conseguido en principio imponer la programación de ese día y, en los días siguientes. Para Guillermo López, Al Qaeda consiguió mostrar su capacidad de acción en occidente, logró hacer pagar al gobierno el apoyo a la guerra de Irak y condicionar de alguna manera las elecciones o al menos estar presente en ellas (López, 2009: 227-228). Lo mismo se puede decir de las treguas, con afán de continuidad o no, pero es un procedimiento que convierte al grupo terrorista irremediabilmente en causante de la ausencia de riesgo que ellos propician, por lo cual los medios se ven obligados a incluirlos en la agenda. En el caso de ETA o el IRA este fenómeno es muy evidente, sobre todo cuando se convocan ruedas de prensa con mediadores internacionales de reconocido prestigio.

En realidad, lo que sí parece evidente es que el terrorismo guarda una estrecha relación con los medios de comunicación y el peligro de esa estrecha relación, que medios de comunicación y terrorismo mantienen, es la certeza de que ese vínculo supone una especie de “simbiosis” (Wieviorka, 1991: 75; Veres 2004a), ya que, si bien los terroristas encuentran en los medios el eco deseado para propagar su denominación o su propio mensaje, los terroristas proporcionan, a su vez, el espectáculo que los periodistas necesitan para satisfacer a la audiencia. Wilkinson ha señalado que «cuanto más horribles los crímenes de los terroristas, mayores serán los titulares» (Aguilar, 1982: 152). A ello habría que añadir que cuanto más tiempo duran, mayor es el riesgo y mayor es el titular. Esta dependencia ha conducido a algunos teóricos a afirmar que, si no existiesen los medios de comunicación, no existiría el terrorismo, ya que «si no hubiera medios masivos, no se producirían esos actos destinados a ser noticia» (Eco, 1986: 150). Marshall McLuhan (1978) es mucho más tajante cuando afirma que «sin comunicación no habría terrorismo», lo cual les lleva a pensar que el terrorismo es algo consustancial al mundo moderno (Dufour, 1986: 35-

37). Y algo de verdad hay en estas afirmaciones.

Como se puede observar la historia demuestra que en todos los casos, el terrorismo crea un nuevo marco textual de comunicación diferente al de cualquier otra comunicación. En los atentados terroristas se manifiesta con rotundidad lo performativo con el fin de contribuir a sus ambiciones políticas o ideológicas. Dicho marco se basa en condiciones de riesgo, de terror, la idea del “mañana te puede pasar a ti”. La utilización del miedo con fines políticos o de poder es la sustancia de la evolución del hombre con sus congéneres. Ya Maquiavelo apuntaba a que era mejor ser temido que querido. Y, por ello, dicha persuasión no es muy diferente de la persuasión religiosa que aterrizaba a los fieles con los males del infierno apuntando hacia un marco de referencia que reunía todos los males de lo demoníaco:

Wesley comenzaba siempre por provocar, para todos los que eran susceptibles de convertirse, emociones intensas. Le era fácil convencer a sus numerosos oyentes en su época de que, si no llegaban a obtener la salvación serían condenados al fuego del infierno para toda la eternidad. Insistía además en la necesidad urgente de aceptar en el acto el medio de escapar a una suerte tan funesta, puesto que, según él, los que abandonaran la reunión sin haber cambiado de actitud y muriesen de accidente antes de haber aceptado la salvación, caerían directamente en las calderas del infierno. Este sentimiento de urgencia intensificaba la atmósfera de angustia que, a medida que aumentaba la sugestión, podía acabar por apoderarse del grupo entero. El temor a la condenación eterna, tan evidente a los ojos de Wesley como las casas y los campos donde él predicaba, afectaba al sistema nervioso de los oyentes de la misma manera que el miedo a morir ahogados había afectado a los perros de Paulov durante la inundación de Leningrado. (Sargant, 1977: 76)

Dale Carnegie señala que para persuadir «hay que hablarle a la gente de lo que le gusta» (1990: 68-69). Yo diría que hay que hablarle a la gente de lo que no le gusta para forzar los fines ansiados. Y eso se hace mediante el miedo. Y esa es la estrategia de los atentados terroristas. Pero esa influencia, como señala Mucchielli se fundamenta en la manipulación de ciertos contextos o marcos de referencia a partir de los cuales va a ser percibido el mensaje:

[...] la influencia depende del sentido final creado para la conducta a través de la manipulación de la manipulación de los objetos que constituyen un contexto. Analizar un fenómeno de influencia es preguntarse qué es lo que se transforma en los contextos constitutivos de la situación para que el sentido de la conducta final tome cuerpo o evoluciones cuando la comunicación tiene lugar. Influir es, pues, hacer surgir, por medio de manipulaciones contextuales *ad hoc*, un sentido que se impone a los interlocutores y los lleva a obrar en conformidad con él. Queda claro que el manipulador ha previsto este sentido, de tal suerte que la acción que le corresponde esté de acuerdo con lo que él espera. (Mucchielli, 2002: 31)

Las distintas situaciones que se han dado en el mundo en relación con el terrorismo parten de conflictos asimétricos en los que el estado o estados suelen tener un poder superior frente a una minoría que aparece asociada al grupo terrorista. Estas situaciones, en el terreno de la comunicación, suponen también una manipulación de varios contextos: el contexto del posicionamiento de los actores, el contexto de las normas de la comunicación y el contexto de las identidades de los sujetos que enuncian y actúan en esos hechos. Estas manipulaciones se suelen plantear genéricamente situando el conflicto asimétrico en medio de una ficticia situación de guerra. El terrorismo, así, no sería el causante de asesinatos indiscriminados, como ejemplificó ETA, el IRA irlandés, las Brigadas Rojas, GRAPO, Baader Meinhof, Al-Qaeda o las FARC, sino el representante de una causa justa que, ante las injusticias ejercidas por los poderosos, concretadas en ocupación ilegítima de territorios, desigualdad social y económica, anulación de culturas o violencia palmaria, debería defenderse con el empleo de la violencia como único y justificado procedimiento. Esta postura supone una manipulación de la identidad y el posicionamiento de los actantes, ya que el terrorista pasa a formar parte de un ejército y no de una banda o un grupúsculo marginal. Las normas ya no se ajustan a derecho, ya que en una situación de guerra los procedimientos son diferentes y las leyes entran en suspenso: todo vale en la guerra.

La manipulación contextual se verá reflejada en la comunicación mediante determinadas marcas del lenguaje (Veres, 2002, 2004b y 2007). Y ese lenguaje es generado desde enunciadores próximos al grupo terrorista que generan dicha retórica de manera intencionada. A menudo los medios recogen esos vocablos y ese lenguaje sin discriminar si su significado atiende más a un juicio imparcial que a los intereses de la propaganda política. Con mucha frecuencia la fuente es el propio grupo terrorista o incluso algún medio declaradamente afín (Veres, 2005: 1369-1375) y el periodista, como consecuencia de la urgencia de sacar la noticia en portada transcribe dichos términos sin reparar en los detalles ocultos que encierran las significaciones de las palabras, porque, como señala José Antonio Marina, todos «interpretamos las palabras sin darnos cuenta de que estamos interpretándolas» (Marina, 1998: 27). De este modo, los terroristas no suelen hablar de sus actos en términos neutros, sino que utilizan un término valorativo que intenta aminorar la posible carga negativa que supone todo su ámbito de significación. No hablan de *asesinatos*, *crímenes* o *muerdes*, etc., sino que siempre se habla de *ejecuciones*. Los *secuestrados* o *rehenes* son *prisioneros*. Los *atentados* son *acciones* u *operaciones*. A las *extorsiones*, se les denomina *impuesto revolucionario*; los *presos acusados por un tribunal de un estado democrático en un juicio acorde a la ley* se les denomina *prisioneros*; la *lucha callejera*

es *kale borroka*, cuando esa lucha gloriosa y patriótica consiste únicamente en destruir papeleras, contenedores y autobuses; a los *fugitivos* y *prófugos* se les conoce, ya que un término que ha triunfado, como *refugiados*; los *acogidos a las medidas de reintegración* son *traidores* y *arrepentidos*. Ellos nunca se autodenominan *terroristas*, sino que son *gudaris*, *soldados* o *activistas*,

Estos términos suelen triunfar, ya que se cuelan en las noticias, como consecuencia de una estrategia planificada de comunicación que se aprovecha de las prisas en las que se dan estos sucesos. De hecho, ETA suele calcular la hora de un atentado con bastante cuidado, con el fin de que la noticia aparezca en el próximo telediario, sin que los periodistas tengan tiempo para mucho más que para transcribir los mensajes de los teletipos. En esta estrategia de manipular contextos, el eufemismo es de notable importancia, ya que, además de alejar del ámbito significativo, los aspectos ajenos a los intereses del grupo terrorista, consiguen la legitimación de su empresa. Si se habla de *ejecuciones*, sinónimo según el DRAE de *ajusticiamiento* –y el que ajusticia es a causa de que tiene la justicia en la mano–, se debe a que una ejecución es el resultado de un juicio justo establecido según las leyes creadas por un estado político. Términos como *asesinatos*, *crímenes* o *muertes*, no presuponen dicho contenido. Lo mismo ocurre cuando se habla, en lugar de *secuestrados* y de *rehenes*, de *prisioneros*, ya que éstos últimos se dan, frecuentemente cuando se ha producido una guerra entre dos estados reconocidos. Términos que sustituyen a *atentados* son *acciones* u *operaciones*, ejemplos que, al igual que *comando* reproducen toda una retórica perteneciente a los ejércitos de un estado reconocido. Cuando a “comando” se le añade el epíteto “legal”, en lugar de “no fichado”, la perversión llega a sus últimas consecuencias. Los terroristas se autodenominan *gudaris*, *soldados* o *activistas*, vocablos que van encaminados en la misma dirección. Y en el terreno económico tampoco les falta su propio ministerio, porque a las extorsiones, se les denomina *impuesto revolucionario*, porque la capacidad de gravar a la población con un impuesto sólo la tienen los estados independientes. Como se puede observar, se produce intencionadamente un desfase entre lo que sucede en la realidad y aquello que trata de plasmar esta retórica desajustada y fundamentada en la incoherencia. Pero dicha incoherencia, que supone un falseamiento de la realidad, no es un mero intento de “darse categoría”, como señala la BBC, sino que es un intento de legitimación de su propia causa que, mediante un mimetismo inconsciente de los medios, pasa a la opinión pública. Como señala Bruce Hoffman, «los medios de comunicación y su manera de informar sobre el terrorismo han contribuido de forma muy significativa a paralizar y ofuscar todavía más la eterna polémica de definir al

autor de los actos de violencia como terrorista o como combatiente de la libertad» (Hoffman, 1999: 41). Y a ello se le uniría la influencia del cine, en la que los miembros del IRA aparecen como defensores de una causa justa. Es por ello comprensible que los medios de comunicación norteamericanos hasta hace muy poco hablaran de los miembros de ETA, como “*activistas*” o “*independentistas*”, términos mucho más suaves de lo que les corresponde y que contribuyen a deformar la realidad de quienes roban, extorsionan, matan y asesinan. Incluso algunos medios norteamericanos y británicos durante mucho tiempo han hablado de “defensores de la libertad”, términos coincidentes con los del diario *Gara*.

Ejemplos notables del uso del eufemismo son los términos tregua y violencia. El *DRAE* la define como «suspensión de armas, cesación de hostilidades, por determinado tiempo, entre los enemigos que tienen rota o pendiente una guerra». Con el uso de tal vocablo, ETA consiguió extender el uso de un término que encerraba varias presuposiciones: existía una guerra y esa guerra sucedía entre dos estados que ahora decidían llegar a un acuerdo. Pero, en una guerra los dos bandos luchan con las mismas armas, mientras que en esta presunta guerra unos matan y otros se defienden con las armas del estado de derecho, es decir, bajo condiciones diferentes. El desenlace de los acontecimientos muestra por sí mismo que nunca hubo acuerdo entre quienes debía haberlo habido y que ETA nunca pudo declarar una *tregua*, sino un *alto al fuego*, denominación igualmente bélica y que en comunicaciones de la última década se ha sobrepuesto a otras expresiones.

También se habla de violencia para designar la actividad terrorista, y esta designación se achaca al terrorismo, pero también es ejercida por políticos y comunicadores de los medios.. *Violencia*, según el *DRAE*, es «cualidad de violento». Pero, estaremos de acuerdo en que pocas veces se dice de un asesino que es “*violento*”. El adjetivo se queda corto, de manera que nunca podremos decir frases como «Ha matado a ese hombre. Es violento». Del mismo modo, la palabra *violencia* se queda corta para referirse a los crímenes terroristas. Se trata de un uso eufemístico que elimina todo aquello que es impedimento para sus fines mediante la inserción de determinadas expresiones en la prensa norteamericana. ETA actúa de la misma manera, con publicaciones afines y con las publicaciones que descuidan su lenguaje referido al terrorismo.

En esta manipulación de marcos de referencia ocupa un papel destacado la cuestión de los apodos o alias. En el caso vasco, como señala Caro Baroja, éstos «resaltan un carácter popular, vasco naturalmente» (1989: 78). También rasgos agresivos que le otorgan una “fuerza animal”: Mamarru, Shanti Potros, Josu Ternera,

Peixoto, Txomin o José Manuel Horma Santos, «El Estudiante», nombres que recuerdan la larga lista de bandoleros que luchaban contra las tropas napoleónicas (Morán, 1997: 132 y ss). El mismo Caro Baroja señala que «los que los han adoptado no son hombres de clases campesinas y absolutamente vinculadas al terruño, sino jóvenes que han realizado estudios técnicos o universitarios, usan de la informática y de conocimientos físico-mecánicos complejos». Sin embargo, dichos nombres remiten a lo popular, a algo de nobiliario y sobre todo a una tradición que el nacionalismo ha tratado de inventar a partir de la falacia étnica de Sabino Arana y de la cual ETA es su más lamentable resquicio. Los viejos caballeros andantes se convierten en amos de la dialéctica de las armas y por ello ETA, según la prensa en general, tiene *dirigentes* y no encapuchados que hacen ruedas de prensa y que traman crímenes. Por ello ETA habla de guerra, de *lucha armada*, y la prensa lo reproduce, y no habla nunca de *asesinatos*. Por ello ETA *reivindica* sus crímenes y no, como aconseja la Agencia EFE, *se atribuye* o *se declara autor*. Y lo cierto es que el término debería desterrarse en este uso, ya que «tiene un significado de cierta gloria, de cierto honor, pues se reivindica algo de lo que se siente uno satisfecho y orgulloso» (Benito, 1986: 100). Ese matiz de glorificación también viene dado por los nombres de los “comandos”: Madrid, Andalucía, Donosti. Hasta ahora a nadie se le ha ocurrido ponerle a uno de estos grupos el nombre de “comando Virgen del Pilar”. Por ello, su escondite en Francia es un “*santuario*” y las covachas en donde se guardan armas “*zulos*”.

Los terroristas son conscientes de que para convencer hay que recurrir a procedimientos persuasivos basados en la utilización emotiva de las palabras, en el uso de las pasiones humanas y en una contradicción lógica que pasa por encima de los umbrales de atención de los receptores y que resulta efectiva. Ya hace mucho que Bertrand Russell señaló la importancia de estos elementos en el discurso político, noción a la que ya Platón o Aristóteles habían aludido (Russell, 1969; Chomsky, 1972: 14), pero que no por ello forma parte de un capítulo importante en la historia de los manuales de estilo de la mayoría de los medios de comunicación, lo cual pone de manifiesto la precariedad con que se ejercen estos usos lingüísticos. El lenguaje así se ha convertido en el viejo instrumento de persuasión y en el depósito del sedimento de las ideas de una época.

## REFERENCIAS

- Aguar, Miguel Ángel (1982), "La estrategia del desistimiento. Algunas observaciones sobre el caso español", en Reinares-Nestares, Fernando (Comp.), *Terrorismo y sociedad democrática*, Madrid, AKAL.
- Alonso-Fernández, Francisco (2002), *Fanáticos terroristas. Claves psicológicas y sociales del terrorismo*. Barcelona, Salvat.
- Aranzadi, J. (1985), "Sangre simbólica. Raíces semióticas de la violencia etarra", *Ideas y debate*, nº2.
- Barthes, Roland (1964), *Essais critiques*, Paris, Seuil.
- Beck, Ulrich (2002), *La sociedad del riesgo global*, Madrid, Siglo XXI.
- Benito, Ángel (1986), "Terrorismo y medios de comunicación", en *Escritos sobre la tolerancia. Homenaje a Enrique Casas*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias.
- Carnegie, Dale (1990), *Comment se faire des amis*, Paris, Hachette.
- Caro Baroja, Julio (1989), *Terror y terrorismo*, Madrid, Plaza y Janés-Cambio 16.
- Chomsky, Noam (1972), *Conocimiento y Libertad*, Barcelona, Ariel.
- Delumeau, Jean (2002) *El miedo en Occidente*, Madrid, Taurus.
- Dufour, Roger (1986), "Les ressorts psychologiques de l'efficacité publicitaire du terrorisme", *Etudes polemologiques*, París, nº 38, febrero.
- Eco, Umberto (1986), "Golpear el corazón del Estado", en *La estrategia de la ilusión*, Barcelona, Lumen.
- Gabriel, José Manuel (2003), "El papel de la Prensa en el combate al terrorismo", en AAVV, *Terrorismo, víctimas y medios de comunicación*, Madrid, Fundación de Víctimas del Terrorismo-Federación de Asociaciones de la Prensa de España.
- Gil Calvo, Enrique (2003), *El miedo es el mensaje. Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación*, Madrid, Alianza Editorial.
- Gil Calvo, Enrique (2009), "Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación", en Carolina Moreno Castro (Ed.), *Comunicar los riesgos. Ciencia y tecnología en la sociedad de la información*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Hacker, Frederick J. (1976), *Crusaders, Criminals, Crazies: Terror and Terrorism in Our Time*, New York, W.W. Norton.
- Hoffman, Bruce (1990), *A mano armada. Historia del terrorismo*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Laqueur, Walter (1987), *The Age of Terrorism*, Boston, Brown.
- McLuhan, Marsall (1978), *Il Tempo*, 19 de febrero.
- Marina, José Antonio (1995), *La selva del lenguaje*, Barcelona, Anagrama.
- Menahem Begin (1977), *The Revolt: Story of the Irgun*, Jerusalem, Steimatzky.
- Miguel, Amando de (1982), "Terrorismo y medios de comunicación: una sociología imposible", en Reinares-Nestares, Fernando (Comp.), *Terrorismo y sociedad democrática*, Madrid, AKAL.
- Morán, Sagrario (1997), *ETA entre España y Francia*, Madrid, Editorial Complutense.
- Moreno Castro, Carolina (Ed.) (2009), *Comunicar los riesgos. Ciencia y tecnología en la sociedad de la información*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Mucchielli, Alex (2002), *El arte de influir. Análisis de las técnicas de manipulación*, Madrid, Cátedra.
- Rapoport, David C. (1984), "Fear and Trembling: Terrorism in Three Religious Traditions", en *American Political Science Review*, vol.78, nº3, septiembre.
- Rapoport, David C. (1996), "The Media and Terrorism: Implications of the Unabomber Case", en *Terrorism and Political Violence*, vol.8, nº1.
- Russell, Bertrand (1969), "What desires are politically important?", en FRENZ, Horts (Ed.), *Nobel Lectures: Literature 1901-1967*, Amsterdam, Londres, Nueva York, Elsevier Publishing Company.
- Sánchez Ferlosio, Rafael (1982), "Notas sobre el terrorismo", en REINARES-NESTARES, Fernando (Comp.), *Terrorismo y sociedad democrática*, Madrid, AKAL.
- Sargant, W. (1977), *Physiologie de la conversión politique et religieuse*, Paris, PUF.
- Setién Martínez, Francisco José (1993), *Terrorismo y prensa en la transición política española (1976-1986)*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Ciencias de la Información, Departamento de Historia de la Comunicación Social.
- Veres, Luis (2002), "El signo perverso: sobre lenguaje, terrorismo y práctica periodística", en *Revista Latina de Comunicación Social*. Tenerife, Universidad de La Laguna, nº52, octubre-diciembre.

- Veres, Luis (2003), "Alias y apodos en las noticias de terrorismo", en *Revista Latina de Comunicación Social*, Tenerife, Universidad de La Laguna, nº56, marzo.
- Veres, Luis (2004<sup>a</sup>), "Terrorismo y medios de comunicación: semiótica de una simbiosis histórica", en *Comunicación y Estudios Universitarios*, Valencia, nº12, Universidad Cardenal Herrera-CEU.
- Veres, Luis (2004b), "Desinformación lingüística y terrorismo", en CATALÁN, Miguel y VERES, Luis, *Estrategias de la desinformación*, Valencia, Generalitat Valenciana.
- Veres, Luis (2005), "Aspectos léxico-semánticos del lenguaje periodístico de Gara", en *Interlingüística*, Valencia, nº15.
- Veres, Luis (2007), *La retórica del terror*, Madrid, Ediciones de la Torre, 2007.
- Veres, Luis (2011), "Iconografía y culto a la representación: terrorismo y comunicación", en *Actas del I Congreso Internacional de Ética de la Comunicación*, Universidad de Sevilla.
- Wieviorka, Michel (1993), *El terrorismo. La violencia política en el mundo*, Madrid, Plaza y Janés-Cambio 16.

**LUIS VERES:** nació en Valencia en 1968. Es Doctor en Filología Hispánica, y Licenciado en las especialidades de Lengua Española, Literatura Española y Filología Valenciana. Ha sido profesor invitado en universidades de Perú, Polonia, Austria, Francia, Italia, Holanda, Rumanía, Reino Unido y Portugal. De 1996 a 2009 fue profesor de Teoría del Lenguaje y Crítica Literaria en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Cardenal Herrera-CEU (Valencia). Desde 2010 es profesor en el Departamento de Teoría de los Lenguajes de la Universidad de Valencia. Es autor de las novelas *El hombre que tuvo una ciudad* y *El cielo de cemento*. Es autor de los ensayos, *La narrativa del indio en la revista Amauta*, (2001), *Periodismo y literatura de vanguardia en América Latina* (2003), *Literatura e imaginarios sociales* (2003), *Estrategias de la desinformación* (2004), *La retórica del terror* (2006), *Los reyes y el laberinto. Sobre Borges, Lugones y otros ensayos* (2007) y *Entre la Cruz y la Media Luna*. (2007) y *El sentido de la metaficción* (2012). Ha ganado dos veces el premio Ciudad de Valencia, el premio de novela Vicente Blasco Ibáñez y el Juan Gil-Albert de ensayo.